

## «SOY DISCÍPULO PORQUE ME GOZO EN EL DIOS QUE ME SALVA»

Conferencia de Monseñor Santiago Silva Retamales,  
Obispo Auxiliar de Valparaíso y Responsable del CEBIPAL,  
en el lanzamiento de su libro:

***Discípulos de Jesús y discipulado según la obra de san Lucas***  
(Quinta Conferencia, Biblia 5) Bogotá 2005.

Auditorio del ITEPAL  
Sábado 3 de Septiembre de 2005, Bogotá

### I- Introducción

Nos hemos reunido para la presentación de la obra ***Discípulo de Jesús y discipulado según la obra de san Lucas***. Este libro ya lo había presentado el miércoles pasado a las personas que trabajan en el CELAM. Ese día me reprendieron porque lo presenté en apenas diez minutos. El padre Sydney, secretario ejecutivo del CELAM y gran amigo, me dijo: “¿Eso es todo lo que vas a decir?”. Y le contesté: “¿Pero qué más hay que decir?”. Por eso me he propuesto que la presentación en el día de hoy sea un poco más amplia, deteniéndome en algunos puntos centrales - tratados en el libro- para comprender el tema del discipulado.

La presentación tendrá *tres partes*:

- 1- Quiero hablarles brevemente sobre el discipulado en su origen, delineando sus características esenciales tal como las reflejan los textos de los evangelios sinópticos.
- 2- Continúo con una reflexión teológica sobre algunas características particulares del discipulado en san Lucas, sobre todo la “compasión”.
- 3- Y termino contándoles un poco sobre lo que van a encontrar en el libro.

### II- El discipulado en su origen

#### 1)- Cuatro condiciones básicas para ser discípulo de Jesús

##### 1.1- La primera condición es la *vocación*

Cuando se escudriñan los textos sinópticos preguntándose en qué consiste el discipulado, uno encuentra que tienen que darse por lo menos *cuatro condiciones* para llamarse de verdad “discípulo de Jesús”.

Ser discípulo es siempre una *iniciativa de Jesús* que llama a uno, que llama a otro, a cada cual por “su nombre”. Al llamarlo, Jesús “lo saca de la muchedumbre” que sólo lo sigue porque les dio pan o porque sana a sus enfermos o expulsa los demonios... y, mediante el llamado, lo

incorpora al “grupo de los suyos”, de los que lo siguen “para estar con él”. Sacar “de la muchedumbre” significa sacar de los propios proyectos, del oficio de cada día y de la familia, para ofrecerle un *proyecto nuevo* y una *nueva familia*. El proyecto personal queda relativizado y, muchas veces, anulado, porque el elegido está con Jesús para *asumir el proyecto de Jesús*. En la Biblia esta realidad se expresa con el “cambio de nombre”.

La vocación, pues, se inicia con una elección por parte de Jesús, quien no se fija en características previas. Jesús llama y si las condiciones no existen, él las crea, él da lo que se necesita para seguirlo, él está en el origen del discipulado.

### 1.2- La segunda condición es la *respuesta* o la *opción personal*

El don del llamado divino requiere de *la respuesta personal*, y es lo que Jesús siempre busca. O hay una respuesta positiva, como en el caso de los apóstoles (Mc 1,16-20), o hay una respuesta negativa, como ocurre con el joven rico, que por estar amarrado a sus riquezas no pudo aceptar el tesoro del Reino que Jesús le ofrecía (Lc 18,18-25).

La respuesta personal es fundamental porque, si bien es cierto que la vocación es una elección divina, también es cierto que el don *debe convertirse en tarea* de hombres y mujeres con conciencia y libertad o si no, no sería un acto humano. Si el Señor nos llama, nos llama *como personas*. En la respuesta se pone *en juego la conciencia y la libertad*, porque en el seguimiento del Señor se pone *en juego la persona*, y no sólo sus acciones o emociones o pensamientos...

Muchas veces vivimos nuestro seguimiento de Jesús por tradición y no por opción. Somos cristianos porque lo quisieron nuestros mayores: mis padres me bautizaron y estoy bautizado; el profesor me dijo que tenía que confirmarme y aquí estoy confirmado; la abuelita me dijo que me tenía que verme casado por la Iglesia antes de que muriera y aquí estoy casado por la Iglesia. ¿Y dónde está la respuesta personal, aquella que empeña conciencia y libertad? En estos casos hay sacramento, don divino, pero mínima *opción personal*. La vocación de discípulo del Señor requiere de una respuesta o de una opción personal.

El Señor nos llama y nos respeta, nos elige y nos espera. El *Dios Creador* espera paciente la respuesta de su criatura. El *Dios Todopoderoso* espera paciente la respuesta de hombres y mujeres caducos y débiles. El *Dios Infinito* espera la reacción de su criatura finita; el *Dios Intemporal* la manifestación de su criatura temporal.

A la iniciativa de Jesús, por tanto, sigue la opción personal que no se da sin una *mirada de amor* y sin una *experiencia del amor de Dios*. Jesús mira con amor al joven rico (Mc 10,21) y una vez que lo mira con amor le dice: «¡Aún te falta una cosa: vende todo lo que tienes, repártelo entre los pobres... luego, ven y sígueme» (Lc 18,22). La respuesta a la llamada se funda en la *experiencia del amor de Jesús liberador*, o si no, ¿en razón de qué voy a dejar mi dinero?, ¿en razón de qué voy a dejar los esquemas que he aprendido en la vida?, ¿en razón de qué voy a dejar mis proyectos personales?, ¿dejar los sentimientos que me dan placer, pero no me convienen?...

Si no hay una experiencia profunda del amor de Jesús de Nazaret en *cuanto Mesías e Hijo de Dios*, amor que *redime y crea filiación*, las rupturas para seguir al Señor (vocación) no resultan y, por lo mismo, tampoco la tarea (misión).

### 1.3- La tercera condición es la *comunidad con Jesús*

Jesús llama a los suyos para estar con él, no los envía inmediatamente al trabajo apostólico. Primero hay que estar con él, y así se define al discípulo: *el que está con Jesús* (Mc 3,14), *se sienta a sus pies, y aprende de él* (Lc 10,38-42). La comunidad requiere de la *formación integral del discípulo*, de aquella que no sólo toca el intelecto, sino también la voluntad y la conciencia y, por lo mismo, los proyectos y las motivaciones.

La formación consiste en estar con Jesús *para que lo de él comience a ser mío*. La formación es una *cuestión de propiedad* y de *traspaso*. Pedro, cuando Jesús comienza a subir a Jerusalén, se pone por delante del Maestro y lo reprende por su decisión (Mc 8,32); me imagino lo que le diría -según él- con una lógica indiscutible: “¿Cómo se te ocurre ir a Jerusalén! ¿No sabes que allá te van a matar... Y si te van a matar, ¿a qué vas?”. Y Jesús responde a Pedro que aún no sabe ser del todo discípulo: “¡Quítate de mi vista, Satanás!” (8,33).

La traducción “¡quítate de mi vista, Satanás!” no es la más adecuada. El texto griego dice: “¡Colócate detrás de mí, Satanás!”. Es como si dijera: “No me enfrentes, tú no eres el Maestro, tú eres discípulo, y si eres auténtico discípulo te corresponde ponerte detrás de mí. Si yo voy a Jerusalén y tú eres un buen discípulo te corresponde ir conmigo a Jerusalén, entiendas o no entiendas, te guste o no te guste”. El término “Satanás” significa adversario. Entonces, la enseñanza de Jesús concluye así: “Pedro, eres *pedra* con la cual yo ahora estoy tropezando, con la cual estoy chocando; pero yo no quiero ese tipo de piedras, estas “piedras-adversarios”; yo te quiero “piedra-fundamento”, te quiero “piedra-testimonio”, te quiero “piedra-discípulo”. ¡Colócate detrás de mí, no me enfrentes!”

El discípulo, pues, va siempre detrás de su Señor, aprendiendo de él, empapándose de sus motivaciones, entendiendo poco a poco los caminos misteriosos del Mesías, gozando y sufriendo con él... Esto requiere tiempo, dedicación, discernimiento...

#### 1.4- La cuarta condición es el *envío a la misión*

La última condición o característica del discipulado es la *misión*.

Ya vimos que el Señor nos elige, espera nuestra respuesta y nos forma para la comunión en la Iglesia. Los Evangelios nos dicen que Jesús permanentemente les explicaba las parábolas a sus discípulos. Mientras las parábolas se las contaba a toda la gente, en privado se las explicaba a sus discípulos (Mc 4,33-34). Este es el tiempo de la formación, de Jesús que “va delante” y todo, ¿para qué?: para la *misión* de forma que ésta sea *testimonio de vida*, proclamación de lo aprendido, anuncio de lo vivido. No solamente de lo que los discípulos han conocido con su cabeza, sino de «lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de la vida... Lo que hemos visto y oído, eso le anunciamos para que también ustedes estén en comunión con nosotros» (1 Jn 1,1.3).

La misión, por tanto, es la *extensión* en el tiempo y en el espacio *de una vivencia salvífica personal vivida en la comunidad* que se testimonia a todos los hombres y mujeres, con métodos nuevos y ardor nuevo. El discípulo que se ha formado en la escuela del Señor es un *testigo convencido y convincente*, haciendo que su misma vida sea *un mensaje en acto*.

#### 2)- *Algunos matices característicos del discipulado cristiano*

La “vocación de discípulo” tiene algunos matices que son muy característicos de Jesús por el hecho de ser el *Mesías* y el *Profeta del Padre* que con su misterio pascual da origen y vida a la *Iglesia, nuevo pueblo de Dios*.

A diferencia de la mayoría de los rabinos de su tiempo, Jesús es *un itinerante*, que va de aldea en aldea. Su vivir itinerante tiene consecuencias inmediatas que sus discípulos también deben asumir.

La primera es *el abandono de la familia*. Pedro no se va con su señora, con su suegra y sus hijos detrás de Jesucristo. A Pedro y todos cuantos quieren seguirlo, Jesús les pone como condición el preferirlo a él antes que a la familia (Lc 14,26-27).

Incluso, cuando Cristo dice: «El que no carga con su cruz y viene detrás de mí, no puede ser mi discípulo» (Lc 14,27), parece referirse a “la cruz del abandono de la familia”. El movimiento de Jesucristo parte siendo una *escuela itinerante de discipulado por el Reino de Dios* por lo que no queda más que dejar la familia, y esta opción *es la cruz* que el discípulo debe cargar. Es la “piedra de tope”: si se hace la opción se es discípulo, si no se hace, se sigue siendo parte “de la muchedumbre”.

¿Por qué es la cruz del discípulo? La familia en el siglo I es el *principio de seguridad*, espacio de afecto y de identidad. En aquel tiempo, la identidad personal proviene de la familia razón por la que quien abandona la familia *renuncia a su identidad*. ¿Pero qué hace Jesucristo? *Crea una nueva familia* de forma que aquel que lo sigue se integra a una nueva comunidad que le garantiza su honor y su seguridad, su identidad y su misión.

Cuando se deja a la familia por seguir a Jesús, se genera la segunda consecuencia: la *pérdida de la seguridad económica*. Recuerden que en el siglo I la economía es la propia de una sociedad preindustrial de carácter agrario. La mano de obra de una familia unida y numerosa es *la*

*riqueza* de ese tiempo, pues todos trabajan, todos contribuyen a la manutención de la casa y a la producción de bienes. Incluso los oficios se ejercían en familia. Por tanto, quien abandona a la familia abandona la fuente de su sustento. Por esta razón, la segunda consecuencia que se desprende de la itinerancia es *la opción por una vida insegura y pobre*. El movimiento de Jesucristo es de gente pobre y sencilla, que no tiene “donde reclinar la cabeza” (Lc 9,57-58).

La tercera consecuencia de ser discípulos de Jesús, Mesías y Profeta, es el *conflicto* y la *persecución*, bien propia de todos los profetas verdaderos en Israel.

Jesús aparece frente a sus contemporáneos como un “profeta itinerante” (Lc 9,19). Y él sabe que un auténtico profeta -así lo atestigua la historia de Israel- debe ofrecer su vida por el Dios que lo envía y por la fidelidad al mensaje. Por esto sube a Jerusalén, porque es impensable que un profeta muera fuera de la capital: «Hoy, mañana y pasado tengo que continuar mi viaje, porque es impensable que un profeta muera fuera de Jerusalén. ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que Dios te envía!» (13,33-34).

En síntesis, los rasgos distintivos del discípulo de Jesús de Nazaret, confesado Mesías y Profeta, que se encuentran en los evangelios sinópticos son, pues, la *itinerancia*, el *abandono de la familia* y una *vida pobre*, y el *conflicto* a causa de la fidelidad a Dios. La razón de ser de estos rasgos distintivos es la incorporación a un nuevo pueblo de Dios y la realización de la misión de este pueblo que es la proclamación del Reino.

Pasemos ahora al segundo punto propuesto para este encuentro.

### III- El discipulado en la obra de san Lucas

#### 1)- Una cuestión de método

Hay dos cosas que están en el armazón del libro que estamos presentando hoy, y son *dos métodos de exégesis* que se han combinado para escribir esta obra:

- a- Un método muy conocido de interpretación llamado *histórico-crítico*, que es en realidad un *conjunto de métodos*. De ellos, le doy prioridad a la “crítica literaria” y sobre todo a la “organización literaria” de la obra de Lucas (*Evangelio y Hechos de los Apóstoles*). Se trata de un conjunto de métodos muy útiles para estudiar el texto bíblico en su contexto histórico.
- b- El segundo, más que un método, es *una aproximación metodológica* a los textos bíblicos conocida con el nombre de *antropología cultural*. Desde mi punto de vista esto quizás sea lo más novedoso del libro. Se trata de un acercamiento a los textos desde la cultura del siglo I, no desde la cultura del siglo XXI, reconstituyendo los escenarios socio-culturales de aquel tiempo, escenarios en los que dichos textos nacieron para poder captar significados y connotaciones que sus autores y destinatarios le daban a palabras y frases.

Para el estudio sobre el tema “discípulo y discipulado en la obra de Lucas” hemos utilizado combinada y subsidiariamente estos dos métodos. Ustedes van a notar que siempre hay en el libro alguna información de orden literario, de orden semántico o de contexto histórico..., fruto del método histórico-crítico. Y también hay informaciones que pueden resultar novedosas respecto a rasgos culturales, cosmovisiones (religiosa y social)... del mundo judío del siglo I, fruto de la aproximación lograda por la antropología cultural.

Lo que hasta ahora he dicho teóricamente lo quiero presentar con *tres ejemplos* insistiendo en el menos conocido de los dos métodos de interpretación, la antropología cultural.

#### 2)- Aproximación a Lucas 9,57-62: el candidato al discipulado

Hemos dicho que un elemento sustancial del discipulado, según Jesús, es la *elección*. No hay discipulado sin elección divina.

El primer texto que quiero tomar es el de *Lucas 9,57-62*, que se encuentra justo cuando Jesús comienza su camino a Jerusalén:

<sup>957</sup> «*Mientras iban de camino, uno le dijo: -Te seguiré a donde quiera que vayas.*

<sup>58</sup> *Jesús le contestó: -Los zorros tienen guaridas y los pájaros del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza.*

<sup>59</sup> *A otro le dijo: -Sígueme.*

*El contestó: -Señor, déjame ir antes a enterrar a mi padre.*

<sup>60</sup> *Jesús le respondió: -Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el reino de Dios.*

<sup>61</sup> *Otro le dijo: -Te seguiré, Señor, pero déjame despedirme primero de mi familia.*

<sup>62</sup> *Jesús le contestó: -El que pone la mano en el arado y mira hacia atrás, no es apto para el reino de Dios».*

Es evidente que de este texto hay que hablar porque trata precisamente de la elección de los discípulos por parte de Jesús, que nos ayuda a entender nuestro propio discipulado.

Nos quedamos sólo con la primera sentencia: «El Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza» (Lc 9,58) de la primera escena de vocación (9,57-58).

Esta sentencia, en *sentido literal*, se refiere a lo que venimos hablando: a la itinerancia y a la pobreza de Jesús, Mesías y Profeta, que sube a Jerusalén a cumplir el encargo de su Padre. El «hoy, mañana y pasado tengo que continuar mi viaje» (Lc 14,33) trae consigo el abandono de la familia y, por lo mismo, la inseguridad material, la pobreza. La razón es que Jesús es «el gran Profeta» del Padre (7,16) que *vive de Dios y para Dios*. Esta era la percepción que la gente tenía de Jesús: un Profeta que vive de Dios y para Dios, un mensajero de Dios que va de una aldea a otra anunciando la Buena Nueva del Reino y -como los profetas Elías y Eliseo- confirmando sus palabras con señales atribuidas sólo a Dios como sanar enfermos, expulsar demonios, perdonar pecados.

En cambio, la misma sentencia en *sentido metafórico*, puede tener otro significado. El verbo que emplea Jesús, “inclinarse” o “reclinar la cabeza”, se encuentra en el *Antiguo Testamento*. Por ejemplo, en el *Salmo 119* se lee: «Mi corazón *se inclina* a tus preceptos...» (v 36) e «*incliné* mi corazón a cumplir tus normas...» (v 112). El orante “inclina” o “reclina” su corazón en la “Ley”. Jesús, en cambio, dice que “no tiene donde reclinar la cabeza”. Es decir, mientras el mundo judío tiene la Ley como fuente de luz, verdad y vida, el mundo cristiano ya no tiene la Ley mosaica como estructurante de su vida, sino *al mismo Jesucristo* que es la *Luz*, la *Verdad* y la *Vida*. Jesucristo “no tiene donde reclinar la cabeza” porque la Ley no es su alimento ni su consuelo, sino su Padre y la voluntad de su Padre (Jn 4,34). Jesús, no así la Ley, es el Salvador, el Alfa y la Omega, el principio y fin de la obra salvífica..., todo mira a él y en él todo alcanza su plenitud. Jesús, no la Ley, «es el nombre que está por encima de todo nombre... y toda lengua proclame que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre» (Fil 2,9-11).

La escena vocacional que analizamos (Lc 9,57-58) pertenece -por varias razones- al ambiente palestino, por lo que se dirige a los judíos, aunque Lucas escriba su evangelio principalmente a los griegos convertidos. El judío que quiera pasar de muchedumbre a discípulo debe replantearse radicalmente los caminos de comunión con Dios: ¿la Ley?, ¿la circuncisión?, ¿el templo de Jerusalén?, ¿los sacrificios en el templo?... ¿el estilo de religión representado por los fariseos?, ¿o por los saduceos?, ¿o por los esenios de Qumrán?...

El que se ha hecho discípulo y es judío, miembro de Israel, para encontrar a Dios ya no puede apoyarse en la Ley de Moisés, en el Templo de Jerusalén, en los sacrificios, en los ritos de purificación..., sino que tiene que “*reclinar la cabeza en Jesús*”, porque Jesús es ahora y para siempre Luz, Verdad y Vida. Desde entonces y por exigencia de Jesús, “discípulo” es aquel que tiene al Mesías e Hijo de Dios como fuente de toda su vida.

El discipulado requiere, pues, de una *violenta ruptura* (Mt 11,12: «El Reino de los cielos sufre violencia...»): *pasar del camino judío de comunión con Dios al camino cristiano, reclinando todo el ser en Jesús, sin reclinarlo en otra fuente que no sea él, llámese Ley, familia, hijos, esquemas lógicos (pero sólo humanos), sentimientos, instintos...*

### 3)- *Aproximación a Lucas 10,25-37: la compasión del discípulo*

Este segundo relato nos permitirá descubrir otra característica del discipulado: la *compasión* al estilo de Jesús y por los motivos de Jesús. Se trata de *Lucas 10,25-37*, la parábola del buen samaritano. Cuando nos aproximamos desde la antropología cultural, tanto a esta parábola como a la próxima del padre misericordioso, la interpretación da resultados sorprendentes.

Parte del relato del buen samaritano es éste:

10<sup>30</sup> «*Jesús le respondió:*

*Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos asaltantes que, después de despojarlo y golpearlo sin piedad, se alejaron dejándolo medio muerto.* <sup>31</sup> *Un sacerdote bajaba casualmente por aquel camino y, al verlo, se desvió y pasó de largo.* <sup>32</sup> *Igualmente un levita que pasó por aquel lugar, al verlo, se desvió y pasó de largo.* <sup>33</sup> *Pero un samaritano que iba de viaje, al llegar junto a él y verlo, sintió compasión.* <sup>34</sup> *Se acercó y le vendó las heridas después de habérselas limpiado con aceite y vino; luego lo montó en su cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidó de él.* <sup>35</sup> *Al día siguiente, sacó unas monedas y se las dio al encargado, diciendo: ‘Cuida de él, y lo que gastes de más te lo pagaré a mi regreso’».*

La primera reacción, casi natural, cuando leemos o predicamos esta parábola es presentar al levita y al sacerdote del relato como seres despiadados, sin una pizca de amor por el otro, perfectos anti-modelos a causa de su falta de compasión, todo lo contrario al samaritano, un laico que atendió al hombre herido a diferencia de esas personas consagradas al culto. Es fácil en nuestras catequesis insistir en esta línea de interpretación: nosotros tenemos que ser como el samaritano y no como el sacerdote y el levita.

Sin embargo, éste no era el pensamiento de los judíos que escuchaban a Jesús contar la parábola. Para entenderlo hay que reconstruir el escenario cultural del siglo I gracias a los datos del *Nuevo Testamento* y de la misma parábola. El sacerdote y el levita, como el hombre herido, bajaban de Jerusalén a Jericó. Sabemos que el Templo de Jerusalén requiere personal consagrado para ofrecer el culto (sacrificios, oraciones, enseñanzas...). Este personal estaba bien organizado en aquel tiempo, pues tenían turnos bien claros de servicio al culto, lo que permitía que no todos los sacerdotes y levitas vivieran en Jerusalén, sino en aldeas sacerdotales fuera de la capital. Una de estas aldeas sacerdotales estaba en Jericó. Cuando estos hombres iban de Jerusalén a Jericó venían, pues, del Templo y se dirigían a sus casas.

Ahora bien, ¿por qué no pensamos un poco respecto al estado de su conciencia religiosa? Si venían del servicio cultural en el Templo, su conciencia religiosa les indica que están “consagrados”, que están “ritualmente puros”, es decir, que son “hombres justos” según la Ley. Han estado en el Templo sirviendo a *YHWH*, el Dios santo de Israel y el Creador del universo. Su conciencia de sacralidad y pureza no puede ser más intensa. Cuando ven al hombre medio muerto a orillas del camino pasan de largo no porque sean malos, sino porque son “buenos”, son “justos”, ¡están cumpliendo la Ley de Dios, están preservando su consagración: son fieles a su santidad ritual! La Ley les ordena no tocar sangre humana ni ningún cadáver (ver Lv 21,1-3; Eclo 34,25), porque -de lo contrario- se contaminan, se vuelven impuros, dejan de ser “justos para Dios”.

Los judíos que escuchan este relato están absolutamente felices con la conducta de su sacerdote y de su levita: ¡estos sí que son hombres justos, pues cumplen la Ley! El problema, en realidad, no es si tienen o no tienen misericordia: *es una cuestión más profunda*.

Jesús continúa la parábola introduciendo a un nuevo personaje: *un samaritano*. Al reconstruir el escenario del relato, no podemos dejar de suponer las caras de asombro de los oyentes judíos que ahora se preguntan: “¿para que metió en la parábola a un samaritano?, ¿a uno que es extranjero?, ¿en qué irá a parar todo ésto? Si hay un samaritano, seguramente en nada bueno!”.

El samaritano, que ve al hombre caído y no se desvía de su camino, lo cura con aceite y con vino, lo monta en su cabalgadura, lo lleva a una posada y lo cuida. Cuando se va, promete volver y pagar lo que haya gastado de más. En realidad, el problema se complica más aún para los judíos que escuchan la parábola, porque -lo más probable- es que dicho samaritano sea *un comerciante*: lleva vino y aceite, usa cabalgaduras, deja dinero en la posada, a la que promete volver, y transita entre Jerusalén, la capital, y Jericó, una de las más importantes aduanas en tiempos de Jesús. En dicho camino, el flujo de comerciantes con sus productos es permanente y

también los asaltos. Ahora bien, el comercio en el siglo I estaba prohibido para todos aquellos judíos que anhelaban ser justos a los ojos de Dios, pues debido a tal oficio tenían que tomar monedas extranjeras, hablar con extranjeros, pisar tierra extranjera, tocar productos prohibidos por la Ley... El comercio lo realizaban los esclavos de más confianza de la familia, no un judío justo. El oficio, pues, al igual que el de pastor, camellero, carnicero... era muy mal visto por la sociedad religiosa del tiempo de Jesús.

A esta altura de la parábola nos encontramos que el samaritano es *doblemente impuro*: es impuro por *raza*, por pertenecer al “pueblo samaritano”, un pueblo endemoniado (Jn 8,48), y es impuro por *oficio* o *profesión*, pues seguramente es un comerciante. Sin embargo, es *este samaritano* quien ayuda al necesitado, lo saca de su desgracia, de su aflicción.

La parábola termina con una pregunta de Jesús al maestro de la Ley: «¿Quién de los tres te parece que se hizo prójimo del que cayó en manos de los asaltantes?» (Lc 10,36). En realidad, ¡Jesús le cambia la pregunta al escriba! Este había preguntado: «¿Quién es mi prójimo?» (10,29). Jesús ahora le pregunta: “¿Qué te parece?, ¿cuál de los tres *se hizo prójimo*?”. Con su pregunta, el maestro de la Ley se situaba como “centro del mundo”: “¿quién se acerca a mí para que yo le pueda ayudar?”. En cambio, Jesús, al cambiarle la pregunta, *lo descentra*: “¿de quién tú te hiciste prójimo?”, es decir, “¿a quién te acercaste para convertir al necesitado en tu prójimo?”. El centro ahora es el marginado... por el cual Jesús dará la vida.

Aquí no se trata de esperar a que alguien se acerque haciéndose prójimo, sino de ir, salir al mundo, con sensibilidad espiritual y social, para hacerme prójimo del que me necesita. La gran pregunta es: ¿sigo la Ley de Moisés o sigo la *Ley de Cristo*? (Gál 6,2). La Ley mosaica que regía al sacerdote y al levita era estricta y de muchas normas, y su interpretación muchas veces no privilegiaba al hombre ni menos a los marginados, sino que los rehuía, como ocurría cuando se practicaban las leyes de pureza ritual. La Ley estaba por sobre hombres y circunstancias (ver Lc 6,1-5).

En cambio, para el samaritano, primó la “compasión”, verbo que en griego significa “amar entrañablemente” (“conmoverse” o “revolverse las entrañas”) por sobre la Ley, por sobre la pureza o la impureza. Ciertas interpretaciones de la Ley paralizan, atorán, y el incumplimiento de dichas leyes delata tu pecado, mientras su cumplimiento te declara puro ritualmente... La *compasión*, en cambio, te libera para dar vida, te hace participar de la misma vida de Dios, creador y providente, para extender su compasión o consuelo (2 Cor 1,4).

Si sigues la Ley serás “justo según la Ley”, con aquella “justicia” propia de los fariseos, pero -afirma Jesús- si tu “justicia” o “forma de discernir y hacer la voluntad de Dios” no es superior a la de los fariseos, no vas a entrar en el Reino de los cielos (Mt 5,20). Volvamos, pues, a la pregunta: ¿o la Ley del sacerdote y del levita o la Ley de Cristo?, es decir, ¿justos según la Ley de Moisés o justos según *la compasión de Cristo*? El discípulo del Señor es aquel que rompe con el modo judío o fariseo de interpretar y practicar la voluntad de Dios, porque ha encontrado un nuevo modo, pleno y definitivo: el del *Mesías-compasivo*, Buen Samaritano, asumiendo su mismo estilo y motivaciones del todo peculiares cuando se acerca al necesitado para ofrecerle vida. *La compasión cristiana es la nueva Ley de Cristo* desde la cual se entiende y practica todas la otras leyes.

Como ven, gracias a la antropología cultural, tenemos una visión diversa, una visión diferente de la parábola. Con este mismo énfasis en la antropología cultural tomemos ahora la parábola del hijo pródigo, mejor titulada “parábola del padre misericordioso”.

#### 4)- *Aproximación a Lucas 15,11-32: la compasión del Padre*

Sobre esta parábola hablaré brevemente.

Parte del pasaje bíblico es:

15<sup>20</sup> “*Se puso en camino y fue a casa de su padre. Cuando aún estaba lejos, su padre lo vio, y profundamente conmovido, salió corriendo a su encuentro, lo abrazó y lo cubrió de besos.*”<sup>21</sup> *El hijo empezó a decirle: -Padre, pequé contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo.*

22 *Pero el padre dijo a sus criados: -Traigan enseguida el mejor vestido y pónganselo; pónganle también un anillo en la mano y sandalias en los pies.* 23 *Tomen el ternero gordo, mátenlo y*

***celebrems un banquete de fiesta,<sup>24</sup> porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y lo hemos encontrado. Y comenzaron la fiesta”.***

Lo mismo que para la parábola anterior, la antropología cultural aporta datos que, como verán en el libro que estamos presentando, nos ayudan a entender esta parábola desde una perspectiva novedosa.

Subrayemos algunos aspectos interesantes, dignos de análisis.

Desde el punto de vista del parámetro cultural del siglo I en lo que se refiere a la relación “padre - hijo”, el padre de la parábola tiene un *comportamiento muy extraño*, diríamos que -desde lo que entonces es habitual- *su conducta es del todo anormal*. Este padre hace exactamente *todo lo que no se hace en Israel* en una situación como la suya.

En Israel no se da la herencia mientras el padre está vivo porque al conceder la herencia, queda bajo el dominio de sus hijos (Eclo 33,20-24). La herencia se reparte «sólo cuando se estén acabando tus días, a la hora de la muerte» (33,24). Este padre no sólo le da la herencia al hijo menor que se la pide, sino también al mayor: «Y el padre *les repartió* los bienes», dice el texto bíblico (Lc 15,12). Por tanto, el hijo mayor no se enoja porque a él no le haya tocado nada, pues a él también se le entregó lo que le correspondía.

Según los hábitos religiosos y culturales del siglo I en el mundo judío, jamás se recibe a un hijo rebelde o libertino. La razón es que quien lo recibe se mancha con su pecado y participa de su deshonor. La Ley, al respecto, no se presta a dudas: «Si uno tiene un hijo desobediente y rebelde, que no hace caso a sus padres... lo llevarán a los ancianos de la ciudad... y dirán: “Este hijo nuestro es desobediente y rebelde... es un libertino y un borracho”. Entonces todos los hombres de la ciudad lo apedrearán hasta que muera. Así extirparás el mal de en medio de ti, y todo Israel, al saberlo, escarmentará» (Dt 21,18-21). Por el honor de la familia, el valor más estimado en aquella sociedad, se permite un castigo ejemplar para el hijo que no necesariamente era la muerte.

Dicho con otros términos: el padre de la parábola tiene que tomar distancia de su hijo, para que los demás vean que no está de acuerdo con tamaña ofensa a la Ley de Dios por parte del hijo rebelde. Al tomar distancia no recibéndolo, castigándolo duramente, incluso desconociéndolo como hijo, él y su familia salvaguardan su honor. Sin embargo, aquello que le correspondía hacer está lejos de hacerlo: en vez de un castigo ejemplar, ¡lo recibe con regalos y con una fiesta!

Debió extrañar profundamente el comportamiento del padre a los que escuchaban la parábola. Ve venir a su hijo y corre a recibirlo, se le tira al cuello y lo cubre de besos, cosa que jamás se hace en el Israel del siglo I. Más extraño aún que le ponga un vestido, sandalias y un anillo.

¿Qué dirían los judíos que escuchaban esta parábola de Jesús?: “¡Esto es absurdo! ¿De dónde esto? ¡Jamás se ha visto una conducta así en Israel!”. Y tenían razón, pues, el comportamiento del padre es *del todo contracultural*. Lo que el padre hace es *lo que jamás un israelita medianamente cuerdo hubiera hecho*. Cuando el hijo mayor se enoja no deja de tener razón: “yo siempre he estado contigo, he conservado la herencia que me diste, no la he despilfarrado en borracheras y con prostitutas como ese hijo tuyo... Yo nunca he mancillado tu honor, y aquél que lo hizo lo recibes con el ternero cebado... y a mí ni siquiera me has dado un cabrito para celebrar una fiesta con mis amigos” (Lc 15,25-32).

Jesús lleva la figura del padre al extremo: es un hombre mínimamente legal y máximamente compasivo y cariñoso... porque ese padre de la parábola ¡es su Padre Dios! El padre de la parábola no tiene ningún inconveniente en actuar contraculturalmente y sin gran consideración por la Ley *con el fin de buscarnos, de recuperarnos para sí*, de tratar de que seamos de nuevo sus hijos. En el camino de la vida, él sale a nuestro encuentro corriendo, no le tiene miedo al deshonor del pecado porque le preocupa mucho el pecador, ¡que *vuelva a su casa* para que recree la filiación dejándolo ser padre! Ni siquiera le da mucha importancia a las motivaciones de su hijo quien vuelve a casa porque “allá hay comida, los jornaleros comen bien, y yo aquí no tengo ni siquiera que comer” (Lc 15,17). Lo que le importa al padre es recuperar al hijo con el pecado que tenga, con las motivaciones que sean; él sabe que su amor paterno purificará pecados y motivaciones.

La parábola interpretada así nos muestra una figura paterna magnífica, tremendamente amorosa. Nos revela un padre *del todo cercano* que nos busca independiente de nuestras motivaciones y de la gravedad de nuestro pecado. Que nos busca con ahínco para darnos vestido y sandalias, signos de que nos devuelve la dignidad perdida de persona y de hijo, y nos pone un anillo, no un anillo de perlas, sino el anillo que tiene el sello de la familia y que sirve para hacer la señal en la cera cuando se compra o vende algún bien, es decir, el anillo que le da poder al hijo para volver a disponer de los bienes que le quedaban al padre después de repartir la herencia.

Jesús termina la parábola comparando a los fariseos con el hijo mayor (Lc 15,25-32). El hijo mayor... ¡son los fariseos y los maestros de la Ley que lo critican por juntarse a comer con publicanos y pecadores! (15,1-2). Como el hijo mayor, el fariseo siempre ha estado en la casa de Dios, pero jamás ha descubierto a Dios como padre. Para él, Dios es un juez, un legislador, un patrón, no un padre. El otro, el hijo menor, gracias a su debilidad y a su arrepentimiento *descubrió a Dios como padre*; gracias a la conciencia de su maldad pudo iniciar el camino de reencuentro con su padre y *refugiarse en su amor paterno*.

El hijo mayor, el fariseo, no reconoce pecado ni culpa; siempre ha hecho lo que le han pedido; nada le pueden reprochar. Es decir, se ha refugiado de forma sistemática en la Ley de Dios, olvidando *la paternidad del Dios de la ley*. Desde esta trinchera es imposible acceder a la experiencia purificadora y recreadora de la paternidad divina. Con todo, el padre lo invita con insistencia: «Tenemos que alegrarnos y hacer fiesta, porque *ese hermano tuyo* estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado» (Lc 15,32). Sólo esta experiencia de paternidad que sustenta nuestro ser de hijos nos abre a una fraternidad sincera y festiva.

#### IV- ¿Qué se puede encontrar en el libro?

Les he expuesto algunos puntos que se encuentran desarrollados en el libro. Por supuesto, hay muchas otras cosas que no les voy a decir ahora. Los invito a leerlas.

Quizás es posible que, para aquel que no tenga una cultura bíblica básica, el presente libro le resulte un poco difícil de leer. Pero créanme que leyéndolo y releyéndolo lo van a entender. Sobre todo con esta explicación que acabo de dar, creo que será más fácil entender la visión y las propuestas del evangelio de Lucas.

Al final del libro encontrarán *varios anexos* sobre el papel que cumple Jerusalén en la obra de Lucas (*Evangelio y Hechos*), sobre la organización del tercer evangelio, sobre la historia de la salvación delineada según el proyecto teológico de san Lucas.

Es un libro pequeño que puede servir para meditar y sacar consecuencias alentadoras, que revitalicen nuestra vida de discípulos y nuestra tarea evangelizadora.

#### Palabras finales...

Si uno le pudiera preguntar a Lucas: “según la experiencia que tuviste de Jesús, ¿quién, te parece, es un auténtico discípulo?”. Estoy seguro que Lucas nos habría respondido, además de lo que hemos dicho sobre la itinerancia por el Reino, la identidad nueva en la comunidad de los discípulos (y no en razón de la familia sanguínea), la pobreza, la compasión como experiencia vivida y como don regalado..., además de todo esto, san Lucas nos habría respondido: *discípulo es quien vive y goza el don de la salvación*.

En los otros dos sinópticos (Mateo y Marcos), la salvación aparece más bien como un don reservado para los tiempos escatológicos: al fin de los tiempos, Dios será para ti salvación permanente. Mientras tanto hay que preocuparse por hacer buena la tierra de la vida para acoger dicho don. En cambio, para san Lucas, la salvación más bien es un *don actual* que el discípulo *ya goza hoy y aquí* con todas sus características. Desde que se anuncia la Buena Nueva de que *«hoy les ha nacido un Salvador»* (Lc 1,10-11), desde ese mismo instante y por eso mismo, también *«hoy se cumple ante ustedes esta profecía»* (4,21), *«hoy llega la salvación a esta casa»* (19,9) y *«hoy estarás conmigo en el paraíso»* (23,43).

La perspectiva es interesante y de consecuencias importantes para entender el discipulado: ser discípulo entonces, ¿será sólo no pecar?, ¿podríamos seguir definiendo la vida cristiana en relación estrecha sólo con la maldad y el pecado?, ¿en relación estrecha con la Ley?, ¿con las

instituciones, con las acciones, por más buenas que sean...? Para san Lucas, el discípulo es una criatura nueva liberada de sus ataduras gracias al acontecimiento salvador del Señor que acepta por la fe y lo vive en permanente conversión. Ser discípulo es vivir y gozar de la salvación que aquí y ahora el Señor me ofrece; ser discípulo es saberse miembro vivo, con deberes y derechos, de la comunidad de los salvados, enviados a testimoniar con ardor de corazón la esperanza para la vida del mundo.

Si Cristo ya venció mi pecado, si Cristo ya purificó mi historia, si Cristo ya me hizo criatura nueva, entonces ¿por qué no vivo el discipulado?, ¿por qué no vivo con alegría el magnífico don de la salvación que el Padre compasivo me regaló en su Hijo primogénito? No lo vivo por la realidad actual del pecado, del egoísmo, del orgullo, de la prepotencia... que debilita el don de la salvación, lo oscurece y entorpece su afiatamiento en orden a la plenitud...

¡El discipulado es un gozo, no una carga! Es cuidar y desarrollar el tesoro que es la fuerza salvadora del misterio pascual del Señor inserta en nosotros por acción del Espíritu. Les invito, pues, a que en este mundo de hoy, tan nuestro como desafiante, podamos testimoniar con la vida de cada día que...

***¡soy discípulo, porque me gozo en el Dios que me salva!***

Texto transcrito y editado  
por la Sra. MARY TOSCANO DE CARVAJAL y el p. FIDEL OÑORO  
y revisado por el autor.